



JORGE F. CATALANO

## CHOPIN

EL ESPLENDOR DEL ROMANTICISMO

Primera edición 1985

\*

\*

© Rolando Díez de Medina, 2008  
La Paz - Bolivia

### NOTAS

1 8 3 8

1. Sand, George. *Corresp.* T. IV, Pág. 433, Nº 1748. a A. Grzymala, en París. [Nohant, fines de mayo de 1838].
2. *Ibid.* T. IV, Pág. 436, Nº 1748.
3. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 492, Nº 205. F. Chopin a A. Grzymala, en París. París, [s. f.].
4. *Ibid.* Pág. 501, Nº 276. F. Chopin a J. Fontana, en París. Palma, noviembre 15 de 1838.
5. *Ibid.* Pág. 512, Nº 284. F. Chopin a J. Fontana, en París. Palma, 14 de diciembre de 1838.
6. *Ibid.* Pág. 471, Nº 254. F. Chopin a A. Grzymala, en París. París [s. f.].
7. Liszt, Franz. Op. Cit., Pág. 94: "Si hablaba algunas veces sobre las ideas políticas tan constantemente discutidas en Francia, tan vivamente atacadas, tan calurosamente defendidas, era más bien para señalar lo que encontraba de falso y erróneo que para hacer valer otras".
8. Jane Stirling. Más tarde, Chopin la llamó miss Rebeca.
9. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 473, Nº 258. F. Chopin a S. París. París [s. f.].
10. Sand, George. *Corresp.* T. IV, Pág. 315. G. Sand a F. Liszt y M. d'Agoult, en París. [Nohant, 2 de enero de 1838].
10. a. Sic. en el texto.
10. b. Sic. en el texto.
11. La primera interpretación del Requiem de Berlioz, dedicado a los soldados caídos en Constantinopla, se llevó a cabo en París, el 15 de diciembre de 1837.
12. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 474, Nº 260. F. Chopin a L. F. barón de Trémont, en París. París, 14 de febrero de 1838.
13. No se sabe a ciencia cierta la fecha del concierto. *La Gazette Musicale de Paris*, lo comentó en un breve artículo el 25 de febrero.
14. La mayoría de los biógrafos de Chopin conviene en que el músico fue generosamente obsequiado por el rey; no es posible afirmarlo. Tampoco negarlo, por falta de documentos. Si Chopin comentó o no este concierto a sus padres; sin duda, esta noche musical, al menos en el ambiente parisino, debió ser un motivo de fundado orgullo.
15. Czekaj, Kazimierz. Op. Cit., Pág. 98.
16. Raux Deledicque, Michel. Op. Cit., Pág. 206. Desp. de la *Gazette Musicale*, París, 25 de marzo.
17. Liszt, Franz. Op. Cit., Pág. 88.
18. Chopin, Federico. *Corresp.* Pág. 335, Nº 115. J. Elsner a F. Chopin, en París. Varsovia, 13 de noviembre de 1832. El maestro comentó: "Esa nacionalidad que aun cuando se la vea con mucha sencillez siempre es tan hermosa que, debido a sus encantos no podemos mostrarla por ahora al público ni siquiera velada"
19. Pourtales, Guy de. *La vida de Franz Liszt.* Pág. 84.
20. Félicien Mallefille atendía aún como preceptor a los hijos de George Sand en Nohant además de encargarse de los asuntos judiciales de la escritora, en París.

**"ON VOUS ADORE"**

El pasado es una cosa apreciable y limitada; el porvenir es el infinito porque es lo desconocido<sup>(1)</sup>.

[. ..] quien perdió el corazón perdió todo. Más le valiera perder el cuerpo y guardar el alma intacta<sup>(2)</sup>.

¿Qué ocurrirá? Sólo Dios lo sabe. Yo no me siento muy bien<sup>(3)</sup>.

¡Ah! querido mío, vivo realmente. Estoy cerca de lo que hay más hermoso en el mundo. Me siento más bueno (4).

Mientras tanto mis manuscritos dormitan y yo no puedo dormir. Cubierto de cataplasmas, toso, espero la primavera o cualquier otra cosa (5).

Sin carta de sus padres ni noticias de la pareja Liszt ni novedades de los Wodzinski, la Navidad y el Año Nuevo fueron para Chopin, días difíciles y llenos de recuerdos que trasladó al piano.

Tres amigos están permanentemente con él: Matuszynski, ayudándole a sobrellevar sus males físicos; Grzymala, el confidente que se preocupa por su bienestar moral, pendiente de sus llamados al advertir que su presencia empieza a ser imprescindible:

*Es absolutamente necesario que vengas si quieres que esté en buenas condiciones para tocar (6).*

y Julián Fontana, con quien su relación es cada vez más afectiva merced a la afinidad musical que los une. Cuando se reúne con él, los temas de comentario varían, desde la situación por la que atraviesa Polonia hasta la política parisina bajo el reinado de Louis Philippe (7). Acostumbrado a dar clases y seguir con sus composiciones, Chopin no descuida, empero, sus obligaciones sociales; reuniones durante las cuales logra, parcialmente olvidar su ruptura con Maria Wodzinska, aunque sueña constantemente con ella. Empieza, asimismo, a sentir la influencia de George Sand quien aprovecha cada oportunidad que tiene de estar cerca de él para penetrar en sus sentimientos.

A los amigos se agrega Jane Stirling (8), la alumna escocesa que le obsequia manojos de violetas, esas que se ven más tarde en el florero central de su sala. Estas flores fueron el primer regalo de la alumna a su maestro. En torno a la ya iniciada amistad con G. Sand, entre otros, hacen su aparición la condesa Marliani y Delacroix; con el pintor, Chopin se entendió no sólo como amigo sino como artista y principalmente por la admiración que ambos tenían por la obra de Mozart.

Ocupado en sus experimentos destinados a obtener los colores deseados, Delacroix solía llegar al departamento del amigo para cambiar el rojo-sangre de sus ideas con la fuerza de las polonesas; los violetas de la campiña con lo que sentía como el sueño de los scherzos; el naranja utilizado en la vestimenta de sus personajes del pueblo, con los recuerdos que evocaban las baladas y, los azules de los cielos de Francia, con la timidez de los nocturnos. Chopin y Delacroix iban en procura de descubrir un nuevo mundo. A la inversa de Liszt, Chopin sigue los dictados de su búsqueda interior; Delacroix, al igual que Liszt, se vale de la literatura para componer algunas de sus obras. Durante sus encuentros con Chopin, Delacroix fortalece sus ideas renovadoras, escucha y discute sobre música; Chopin, en cambio, descubre al amigo sensible hacia el arte. Decir que ambos amaban a Mozart significa insistir que ambos estaban sumergidos en la búsqueda de la perfección; con ella, la libertad de su arte.

En las cenas a las que asistían Chopin y Delacroix, solía encontrarse también a Goszczynski, Witwicki o Franchomme. El ambiente de esas reuniones era expresión del efervescente movimiento romántico, a la vez que excelente ocasión para establecer nuevas relaciones con personalidades del mundo social:

*Te lo ruego, no dejes de asistir a la comida de mañana jueves con Witwicki y Grzymala. Te esperaré en casa a las cinco y tres cuartos. Si por la noche no tienes otra cosa que hacer, permitirás que te presente a la señora Marliani, en cuya casa encontrarás personas interesantes (9).*

El vacío dejado por la ausencia de la condesa d'Agoult, parece llenarse con la presencia de la condesa Marliani, a quien George Sand hizo partícipe de sus intereses de amor hacia el músico-poeta. Inteligentemente dirigida por G. Sand, la condesa invitaba a su casa a personalidades afines al artista.

La confianza en sí misma, su seguridad y la persistencia puesta por lograr el ideal con que sueña, son el George Sand características que fortalecerán su fuerza de voluntad hasta conseguir sus objetivos; se interesa vivamente por la música de Chopin y expresa su esperanza de un encuentro definitivo:

*Tal vez Piffoël vaya a fines de enero, sobre todo si se celebra por segunda vez, como lo anunciaron los periódicos, la Misa de Berlioz. Piffoël estrechará efusivamente la mano de Sopin (10)<sup>a</sup>, en interés de Crétin y también en interés de Sopin, because: Sopin is very zentil (10b\_10)*

En efecto, para la segunda representación de la *Messe des morts* (11) de Berlioz, George Sand deja Nohant para establecerse, por poco tiempo, en casa de la condesa Marliani. Desde allí, pudo atender de cerca los trámites que Mallefille ultimaba, para el divorcio con el barón Dudevant.

Mientras esto sucedía con la escritora, Chopin se encontraba ocupado en los preparativos de su anunciado concierto privado ante la corte del rey Louis Philippe; esto no quiere decir que haya dejado de estar cerca de G. Sand, ya en casa de la condesa Marliani, ya en la de Grzymala e incluso en el estudio de Delacroix. El barón de Trémont había proyectado un concierto para el músico polaco alentándole a presentarse ante la Corte, pues hacía tiempo que en el ambiente palaciego se hablaba de él. Quién sabe si, al aceptar, Chopin pensó en la ocasión que se le presentaba para aprovechar la oportunidad de dar a conocer su obra ante la realeza aunque quizá, y principalmente, significaba demostrar su agradecimiento, no al Rey, sino al país que lo acogía permitiéndole al igual que a sus compatriotas en el exilio, nombrar a Francia como su segunda Patria. Chopin se preparó a conciencia:

*Iré a su casa pasado mañana, a las cinco, para ensayar mi concierto. Mil afectuosos saludos (12).*

Días más tarde, alrededor del 25 de febrero(13), Chopin se hizo presente ante la Corte Real de Francia 14. El tres de marzo, compartía laureles en otro concierto realizado en la sala del Conservatorio; dirigido por Pierre Érad, el concierto fue presentado por Alkan, quien había transcrito para piano la Séptima Sinfonía de Beethoven. Además de Alkan, fueron intérpretes Pierre- Joseph Zimmermann y Adolf Gutmann.

Quizá el concierto de mayor importancia dado por Chopin, en el transcurso del año, fue aquél ofrecido en beneficio de su compatriota Orłowski. No obstante haberse sentido molesto con él —había compuesto valsos y galopos en base a su *Concierto en fa menor*—, para Chopin, Orłowski era ante todo un compatriota y esto le valía más que cualquier sentimiento rencoroso. Seguramente, tampoco olvido que fueron condiscípulos en el Liceo de Varsovia o que, como ahijado de Elsner, solía asistir a las reuniones en ocasión de los cumpleaños del maestro. Un solo recuerdo le bastaba a Chopin para rememorar la Patria; representaba para él practicar la franqueza y la sinceridad enseñada por sus padres. Olvidó rencores y aceptó colaborar con el amigo. Se trasladó a Rouen, la capital de Normandía; allí, en la gran sala del *Hotel de Ville*, se presentó ante un numeroso público para el cual interpretó su *Concierto en mi menor, y probablemente, su Andante Spianato* (15), además de algunas obras de su repertorio.

Una vez más, Legouvé se hace presente en la prensa. En un breve artículo, alaba la maestría de Chopin; según él, la controversia Liszt-Thalberg, quedaba ensombrecida ante la presencia del polaco:

*Chopin, que desde hace varios años no se presenta en público, a quien no se puede olvidar cuando se le ha oído tocar el piano una vez; Chopin acaba de dar en Rouen, en presencia de unas quinientas personas, un gran concierto a beneficio de un profesor polaco. Eran el cumplimiento de un acto caritativo y el recuerdo de su patria las únicas cosas capaces de vencer su aversión a tocar en público. El éxito ha sido inmenso, ¡inmensísimo! Todas esas encantadoras melodías, esas inefables delicadezas de ejecución, esas melancólicas inspiraciones, toda esa poesía de interpretación y de composición, que arrebatan a la vez la imaginación y el corazón, penetraron, embriagaron y conmovieron a su auditorio...*

*Se sentía correr a cada momento por el salón ese magnético estremecimiento y esos murmullos de éxtasis que son como los aplausos del alma... ¡Ojalá, Chopin, que ese triunfo os decida! No seáis tan egoísta, dadles a todos vuestro hermoso talento y termine de una vez el gran debate que divide a los artistas: cuando pregunten cuál es el primer pianista de Europa, ¿Liszt o Thalberg?, que pueda todo el mundo contestar: ¡Es Chopin! (16).*

Ya en París, Chopin lee el comentario; no dijo nada al respecto. No tiene interés en presentarse a diario en las salas o salones ante un público fascinado por su música. Retorna a su intimismo; se entrega plenamente al instrumento y, cuando se encuentra con él, no hay fuerza capaz de hacerle abandonar ese solemne compromiso con la música. Sólo en su fuero interno halla sus motivos; fuero en el que nadie, ni los amigos más íntimos logran penetrar. Quizá el que más se aproximó a la naturaleza artística de Chopin fue Liszt, al decir de él:

*El arte es más poderoso que el artista, sus creaciones tienen una vida independiente de su voluntad vacilante, porque son una de las manifestaciones de la inmovible belleza, y más duradera que ella misma; [...] (17).*

Durante esta época, no obstante los triunfos obtenidos ya con sus obras ya con sus escasas presentaciones, Chopin sintió de nuevo el dolor de saberse impotente ante la negativa de la familia Wodzinski: repitió el nombre de Maria; el *moja bieda* no se apartó de sus pensamientos. —¿Estaba aún la carta de Maria en su bolsillo, cerca de su corazón?—. Chopin no supo sobreponerse a esta desventura, o lo que es más, no quiso renunciar a ella. Dejó que el azar obrase por sí mismo. Buscó refugio en el silencio, hasta convertir su mundo en la integridad total de su obra. Pasó, sentado al piano, las horas del día o de la noche, extasiado en melodías con las que recordaba a los suyos, a la Patria y a su amor; con ellas fascinaba a sus oyentes.

No obstante las insistentes solicitudes de Elsner, Mickiewicz y Witwicki, abandonó definitivamente la idea de componer ópera. Los amigos le habían pedido, en nombre de la Patria, que compusiese una ópera (18). Chopin abandonó la orquesta porque comprendió que era al piano donde se lograba plenamente.

Añoraba a los suyos, la compañía de Tytus Woyciechowski. Enfrentaba su pasado reciente, que había transcurrido como un sueño del cual estaba obligado a despertar repentinamente. Konstancja había sido su primer sueño; Maria, el segundo, demasiado hermoso como para despertar. Sin quererlo, se encontró frente a aquellos versos que cantaban las bayaderas de Raiding. Los recordó.

*¡No te enamores, pobre corazón mío,  
porque de tí manará amargura,  
como jugo de ciertas hierbas  
que caen al golpe de mi afilada hoz!*

*Las mujeres más bellas son veleidosas.  
Sus promesas son como las alondras,  
saludan la primavera, y luego se van (19).*

La despedida y el alejamiento de Maria Wodzinska fueron un duro golpe para Federico Chopin. Mientras él sufría el fin de la *szara godzina*, con delicada femineidad, con la pujanza de la mujer dominadora, surgía la presencia de George Sand. La escritora se inclinó con

reverencia ante el artista Chopin y supo hacerle notar su pulcritud y elegante cortesía. George Sand hizo a un lado a Mallefille (20), para entregarse por completo a esta posible nueva conquista. Chopin había tenido varias oportunidades de verse con la escritora. ¿Se buscaron inconscientemente? No es posible afirmarlo, pero sin duda, George Sand no perdió ninguna de las oportunidades que se le presentaron durante sus estadas en la capital francesa. Esa amistad habría de considerarse con el tiempo. ¿Fue la *szara godzina*, la que llevó a Chopin interesarse por la Sand? Los efectos de la separación se repiten y lo acosan durante los últimos meses. George Sand conoce, en parte, esta situación. Se interesa, y profundamente, por el hombre que, gustosamente, la condesa d'Agoult habría dejado a Liszt.

Avezada en los juegos del amor, George Sand esperó paciente y calculadoramente una oportunidad. Una noche, en casa de Marie Dorval, durante la cena, tuvo la ocasión propicia. Deslizó una nota e hizo que ésta llegase a manos de Federico Chopin:

*On vous adore. George (21).*

Nota a la cual, vivaz y traviesamente, concedora de las inquietudes enamoradizas de su amiga, la Dorval había añadido:

*Et moi aussi! ¡Et moi aussi! (22).*

A los pocos días de su arribo a Nohant, en el silencio de sus horas nocturnas, mientras prepara los motivos de Spiridion; George Sand no deja de pensar en el amigo que tose con infinita gracia (23). En esta oportunidad la depositaria de sus confidencias es la condesa Marliani:

*Querida bella, recibí sus buenas cartas y me demoro en responderle a fondo porque usted debe saber que el tiempo es variable en la estación de los amores (estilo Dorat). Se dicen muchos sí, no, sí, pero en una semana, y a menudo suele decirse por la mañana: decididamente esto es intolerable, para luego decir por la tarde: en verdad, es la felicidad suprema. Espero, pues, para escribirle una vez por todas que mi barómetro señale algo, si no estable, por lo menos cierto por algún tiempo (24).*

No escribe el nombre del amor que sueña ¿lo pronuncia?, es probable, lo cierto es que sus palabras reflejan la preocupación. ¿Dejaba de pesar en Mallefille? ¿Era su vida intolerable cerca del amante? Lo importante era concluir con los papeles que acarrearón su divorcio, debía olvidar su vida anterior para no caer en exageraciones de desesperación, sombrías, estúpidas y esplenéticas (25).

El mundo de Chopin fue diferente. El breve comentario: —*hay algo en ella que me repele*—, que escribiera a sus padres hacía algo más de un año, sería reemplazado por nuevas expresiones que sólo se atrevió a apuntar en su libreta de notas al decir de G.Knops:

*La he visto tres veces. Ella me miraba profundamente a los ojos) mientras yo tocaba. Era una música un poco triste: Leyendas del Danubio; mi corazón danzaba con ella en el país remoto. Y sus ojos en mis ojos, ojos oscuros, ojos singulares ¿qué decían? Se apoyaba sobre el piano y sus miradas abrasadoras me inundaban... Flores en torno nuestro. ¡Mi corazón estaba preso! La he vuelto a ver dos veces... Me ama... Aurora ¡Qué nombre encantador! (26).*

¿Estuvo alguna vez tan seguro del amor como ahora? ¿Qué sucedió entre ambos durante las visitas de George Sand a París?

Los primeros rayos de la primavera coloreaban las plazas y parques de la capital; el aroma de las flores, el cielo azul, el tibio ambiente de la ciudad dejó sentir sus benéficos efectos sobre la enfermedad del músico. Chopin se confió a Matuszynski, pero él pasaba por una situación similar; vuelto a su trabajo, Jan reanudaba sus visitas a la Chaussée d'Antin encubriendo, al igual que su amigo, los tormentos pasados durante el invierno.

Las melodías polacas vuelven a escucharse en la habitación de Chopin. Nuevamente, la música llena el ambiente de aquel departamento que estuviera entristecido por la nieve. Los poemas de Witwicki encuentran eco en las evocaciones patrióticas del músico que, en los inicios de esta primavera, se consagra a la composición. Esta vez produce la canción *Wiosna* (27). Entre lecciones y reuniones sociales, a la sugerente preocupación que parece ocasionarle

cada encuentro con George Sand, se entrega al piano; los recuerdos se suceden, tanto por la remembranza que le incita la primavera en la Patria, cuanto por el silencio que, definitivamente —así lo comprende—, le rodea, ya que ni Maria ni la Sra. Maria Teresa han vuelto a escribirle. Entonces compone el *Nocturno en sol menor* (28), triste, melancólico, con la inevitable pregunta que ahora se extiende desde el principio hasta el fin y pasea por la coral que dura lo suficiente como para pensar que el hijo añora el reposo en los brazos maternos. La interrogación se reinicia para concluir en una agonía sin respuesta.

A manera de antítesis, luego del *Vals en la menor* (29) que, corregido, se publica este año; y del último Nocturno, como evadiendo la melancolía de sus prisiones, renace un hilillo de luz que alumbra un nuevo Vals (30). ¿Fue esto demostrar sus reacciones íntimas? ¿Es la mirada de George Sand la que recorre los espacios del teclado? Ciertamente, en este Vals existe un fuerte sentido de esperanzas.

Entre otros amigos, están con él, además de Grzymala, Julián Fontana, visitando casi a diario el departamento del músico; Delacroix y Heine, cuya amistad valedera anima a Chopin. Delacroix se las ingenia para penetrar en el carácter del músico, descubre el velo de su inquieto *zalismo*; le hace son reír o le conduce por el camino de las discusiones: pintura o música; casi siempre hablan de Mozart. Por su parte, Reine cuida el uso de los vocablos de su aviesa picardía y escucha en silencio la música del amigo a quien describe bajo un velo de delicadeza que no usará al hablar de otros artistas; así comprendió su música:

[...] me introduzco en los dulces abismos de su música, en las dolorosas delicias de sus creaciones tan exquisitas como profundas. Chopin es el gran poeta musical, el artista de genio [...](31).

En su recogimiento, para algunos misteriosos, Chopin no parece comprender aún lo que George Sand se propone; las cálidas miradas de la escritora lo confunden. Los sucesos transcurridos en los últimos días parecen ser la causa de que, años más tarde, la hermana de Maria, Jozefa Koscielska, se lamentara del comportamiento de Chopin:

[...] extremadamente sensible a las seducciones femeninas, era incapaz de amar por tiempo prolongado a la misma mujer 32.

Sensible, sí, pero no incapaz, y tan cierto como la enfermedad que lo aqueja, el abandono de Maria le sirve para encubrir sus sentimientos con el velo *záfico* que, desde entonces existe permanentemente en él; sólo descubre su intimismo en el piano, Chopin no supo entregarse a los manejos del amor, en cambio George Sand sí supo lanzar sus redes de manera que cuando él se diera cuenta, ya estaría atrapado en ellas.

El único amigo íntimamente ligado a esta situación fue Grzymala, quien recibió una carta extensa -treinta y dos carillas-, que le hizo llegar la escritora. En ella, sin encubrimientos, G. Sand expone abiertamente sus problemas, sus ideas y pareceres, segura de la discreción del amigo. Mientras Chopin vive aún inmerso en su intimidad, aferrado todavía a las imágenes de su destrozado amor; George Sand vive el verano de su vida, con la despreocupación que le caracteriza, en plena madurez de sus experiencias amorosas. Por intermedio de esta carta, se enfrenta definitivamente a la realidad:

*Nunca llegaré a dudar de la lealtad de sus consejos, querido amigo; que jamás se le ocurra semejante temor. Creo en su evangelio sin conocerlo muy bien, y sin examinarlo, ya que el tener un adepto como usted ha de ser el más sublime de todos los evangelios (33<sup>a</sup>). Sea usted bendito por sus consejos y quede en paz por mis pensamientos. Examinemos claramente la pregunta por última vez (33<sup>b</sup>), porque de su última respuesta sobre ese tema dependerá toda mi conducta venidera, y ya que tenía yo que llegar a ese punto, me enfada no haber podido sobreponerme a la repugnancia que me causaba interrogarlo en París. Me parecía que lo que iba a saber haría palidecer mi poema (33<sup>c</sup>). Y, en efecto, se ha vuelto más sombrío, o más bien ha palidecido bastante.*

*¡Pero qué importa! Su evangelio es el mío cuando prescribe pensar en sí en último lugar, y no pensar en sí en absoluto cuando la felicidad de aquellos que nos aman reclaman todas nuestras fuerzas (33).*

A manera de preámbulo, la escritora confirma las confidencias sostenidas en la capital; ahora se sabe que George Sand inició un nuevo camino y que, desde un comienzo, su confidente fue Grzymala.

¿Por qué le repugnó continuar su plan de preguntas? ¿Es sólo una manera de decir? George Sand da a entender que Grzymala sabía mucho respecto a Chopin, cosas que no se atrevía a confiar a la amiga. Por otra parte, los detalles hasta entonces conocidos por ella no la satisficieron. En su búsqueda del problema de fondo, siente que su futura conducta dependerá de la respuesta que le conceda el amigo, respuesta que desconoce y teme sea la causa de hacer palidecer su *poema* (?) ¿Cómo hacer para que los pensamientos, es más, los sentimientos de Chopin comulguen con los suyos? George Sand confía más en Grzymala que en las posibles respuestas que pudiera darle Chopin. Se desprende que Grzymala se había confiado a la escritora como el amigo que, sin condiciones, dejara de pensar en sí mismo para atender, solícito, las reclamaciones y sugerencias de la amiga. ¿Fue Grzymala más amigo de G. Sand que de Chopin? Es dudoso, pues fueron amigos desde la infancia sin embargo, tal parece que lo fue más de ella, al menos momentáneamente; sólo así se comprende la continuidad de esta carta, llena de responsabilidades impuestas al consejero:

*Escúcheme bien y conteste claramente, categóricamente, francamente. Esa persona que él quiere, o debe, o cree que tiene que amar, ¿será capaz de darle la felicidad o le aumentará sus sufrimientos y sus penas? Yo no pregunto si la ama, o si es amado por ella, si lo es más o menos que por mí, etc. Sé aproximadamente, por lo que siento yo, lo que debe sentir él. Quisiera saber cuál de nosotras dos (34<sup>a</sup>) tiene él que olvidar o abandonar para su tranquilidad, para su felicidad; en resumidas cuentas, para su vida, que me parece demasiado vacilante y demasiado frágil para resistir grandes dolores. No quiero hacer el papel de ángel malo. No soy el Bertram de Meyerbeer y no lucharé contra la amiga de infancia, si es una pura y bella Alice (34<sup>b</sup>); si hubiese sabido que existía un vínculo en la vida de nuestro niño, un sentimiento en su alma, jamás me hubiera inclinado para respirar un perfume reservado a otro altar. Igualmente, sin duda, él se habría alejado de mi primer beso si hubiera sabido que yo era como casada (34<sup>c</sup>). No nos hemos engañado el uno al otro, nos hemos entregado al viento que pasaba y que nos transportó a los dos a otras regiones durante unos instantes (34).*

¿Quién, sino Grzymala, reveló a George Sand los sufrimientos de Chopin? El músico cuidaba celosamente su gran secreto y, aún en estos últimos instantes, a su regreso de Londres, Maria lo era todo para él (35) y Grzymala lo sabía.

Sin ser *Bertram*, George Sand es la mujer imperativa: ¿cuál de nosotras dos?, exige, como si anticipase que la última palabra será la suya. Si el viento los había llevado a otras regiones, ¡qué mejor que reconocer que en esos momentos estuvo presente el prototipo del amor! Ella precisaba al hombre perfecto, sensible, frágil, cómodamente fácil a su conquista. ¿Para dominarlo en el futuro? No, ¡qué va! Ella no es el ángel malo, no quiere serlo pero, ¿qué temer, entonces? ¿La pureza del amor de Maria despertado o enraizado en Federico? Ante el comportamiento de Chopin, George Sand se vio obligada a poner en juego todos sus recursos para atrapar al músico. El primer beso de George a Federico fue, sin duda, el beso de la brisa después de la tormenta, que lo llevó a otras regiones. ¿Entrevió Chopin la diferencia de regiones? Por lo visto, no sabía que George estaba casada, ¿la creyó divorciada? ¿Por qué lo ocultaron Grzymala y los demás amigos? Además, es probable que, dada la formación católica de Chopin, de haberla conocido como casada, no hubiese permitido que este estado de cosas fuese más allá de la amistad. Realmente, Federico Chopin no conocía la vida íntima de George Sand en estos momentos. Es lógico, su modo de vida era muy diferente. En él, el símbolo de la *szara godzina* palidecía acentuada mente en el transcurso de los días, sólo le quedaban las cartas de Maria como testimonio de su pena.

Bajo el influjo de George Sand, Federico Chopin ingresaba, mejor dicho, era atraído, a un mundo tan distinto que, la idea del amor no fue la misma que la conocida por él hasta entonces:

*Pero no podíamos menos que volver a descender aquí abajo, después de este abrazo celeste y de este viaje a través del empíreo. Pobres pájaros, tenemos alas, pero nuestro nido está en la tierra, y cuando el canto de los ángeles nos llama desde lo alto, el grito de nuestra familia nos vuelve a llevar abajo (36<sup>a</sup>). Yo no quiero abandonarme a la pasión, aunque hay veces en el fondo de mi corazón un hogar aún ardiente y amenazador (36<sup>b</sup>). Mis hijos me darán la fuerza de romper todo lo que me podría alejar de ellos o de adoptar la conducta que mejor se adapte a su educación, su salud, su bienestar, etc. Por lo tanto, no puedo establecerme en París a causa de la enfermedad de Maurice, etc. etc. Además hay un ser excelente, perfecto en lo que al corazón y al honor se refiere, a quien jamás abandonaré, porque es el único hombre que,*

*viviendo conmigo casi un año, no me hizo sufrir por su culpa ni una vez, ni un solo minuto (36c). Es también el único hombre que se entregó entero y absolutamente a mí, sin volver al pasado, sin reservas por el porvenir. Además, posee una naturaleza tan buena y juiciosa que, con el tiempo, podré hacerle comprender todo, saber todo; es una cera maleable en la que he impreso mi sello y cuando quiera cambiar la impronta lo lograré con algunas precauciones y algo de paciencia. Pero hoy no podría hacerlo y su felicidad me es sagrada (36).*

Como escritora, George Sand se desenvuelve en el mundo literario, utiliza el circunloquio segura de ser más comprendida por Grzymala; sin embargo de pronto, se da cuenta de que, de todas maneras, sus propias palabras la devuelven a la realidad. No es una novela la que está escribiendo. No puede, pues, hacer que ésta se desarrolle en el empíreo que sueña, se ve obligada a ser objetiva puesto que su nido está en la tierra. Entonces, ¿para qué las alas? en todo caso, éstas serían para Federico. ¿No son sus palabras el reconocimiento de la diferencia de caracteres entre ella y Chopin? Sí que lo son. Él, espiritualidad; ella, pasión. Los ángeles de Federico son etéreos, por eso pueden volar; los de George son terrenales, en vano buscarles alas.

Los rayos surcan el horizonte, los truenos hacen temblar su hogar, el ozono trae malos presagios: afirmación y negación, frente a frente. George Sand persiste en la conquista, pero están de por medio, primero, sus hijos: Maurice, con terribles dolores en los brazos, ella sufría el mismo mal (37) y, Solange; luego, el hombre perfecto, excelente a quien no desea abandonar puesto que se había entregado *entero y absolutamente, sin reservas*. En efecto, Malléville está dominado por la mujer que reconoce tenerlo todo: amante perfecto y cuidadoso tutor de sus hijos. Sin embargo, se descubre que esta entrega no es total. George Sand ha encontrado un resquicio para fugar de *esa naturaleza tan buena y juiciosa*, ¿Qué es lo que la preocupa? La idea de abandonar al amante hecho de cera maleable. ¿Cómo descubrir los sentimientos del corazón femenino? Se abre un nuevo horizonte; para conquistarlo, nada mejor que aferrarse al futuro que le interesa; —*podré hacerle comprender..., lo lograré...*— En este momento, en un veloz examen de conciencia, descubre que es una mujer honrada: —*hoy no podría hacerlo*—. Instante preciso en el que se desata en ella la lucha por seguir o no los impulsos del corazón: ser honrada consigo misma o volcarse en el ideal que el mundo romántico le ofrece para entregarse o no a un amor que, ya nacido, empieza a brotar con mayor fuerza en la fuente de sus deseos.

George Sand se detiene frente a sus ideas, ¿Se asusta de ellas? Quisiera decirlas abiertamente, pero al escribir a Grzymala, prefiere dar las por sobreentendidas; los sentimientos que abriga parecen ser sólo suyos. Insiste en la formación de su mundo lleno de obsesiones y delirios. Las imágenes quedan encubiertas:

*He aquí mi situación; comprometida como lo estoy, encadenada por años, no puedo desear que nuestro pequeño rompa por su lado las cadenas que lo atan. Si llegara a poner su existencia entre mis manos, me asustaría mucho porque, al haber aceptado a otra, no podré ocupar el lugar que habría abandonado por mí. Creo que nuestro amor sólo puede vivir en las condiciones en que nació, es decir que, de tiempo en tiempo, cuando un buen viento nos lleve uno al lado del otro, haremos de nuevo un viaje a las estrellas y, luego, nos separaremos para volver a tierra, ya que somos hijos de la tierra y Dios no ha permitido que realizáramos nuestro peregrinaje juntos. Es en el cielo donde nos reencontraremos, y los rápidos instantes que pasemos allá serán tan hermosos que valdrán tanto como toda una vida transcurrida aquí abajo (38).*

¿Qué es lo que busca George Sand? Es, como si de pronto se sintiese incapaz de romper las cadenas que la atan al pequeño; como si comprendiese que no puede ocupar el lugar dejado por Maria Wodzinska, sin antes conseguir que Federico la abandone. ¿Cómo lograrlo? Al no hallar por sí misma la respuesta que sólo Grzymala le puede dar, encuentra la salida más fácil, basada en sus anteriores experiencias: Este amor *sólo puede vivir en las condiciones en que nació*. Indirectamente, G. Sand afirma que su ángel no es espiritual: desconocimiento total de la profundidad de pensamientos y la manera de ser de Chopin. Entonces, sólo le queda pensar en una posibilidad: el reencuentro en el cielo. George conoce y sabe cuál es el amor que puede ofrecer e intuye que no es el amor que anhela Chopin, vislumbra que su amor está muy lejos de compararse con el que le brindara Maria.

Si el amor de Maria Wodzinska dejó una huella profunda en el corazón de Federico Chopin, se debió justamente al carácter y comportamiento suave, dócil y sencillo del músico-poeta cuyo único error fue el de no haber sido convincente con los Wodzinski, y superado la oposición familiar fundada en la precaria salud del músico.

El temple varonil e impositivo de George no sería soportado por Federico; así lo comprendió la escritora al realizar su primer peregrinaje, pero el carácter recio, fluyente por sus venas, la llevó a no darse por vencida:

*Desde luego, mi deber está trazado. Pero, sin que lo rehuya, puedo cumplirlo de dos maneras distintas: una de ellas sería la de alejarme lo más posible de C[hopin], de no tratar de ocupar su pensamiento, de nunca encontrarme sola con él tanto como sea posible, sin comprometer la seguridad de M[allefille ], de estar presente dulcemente en su recuerdo en las horas de tranquilidad y beatitud, de estrecharle castamente a veces en mis brazos, cuando el viento del cielo quiera elevarnos y pasearnos por los aires. Adoptaré la primera manera, si usted me dice que: la persona es capaz de darle una felicidad pura y verdadera, para rodearle de cuidados, arreglar, regularizar y calmar su vida, si, en fin, se trata sólo de que sea feliz por ella y yo sea un estorbo; si su alma excesivamente, tal vez locamente, tal vez honradamente escrupulosa, se niega a amar a dos seres diferentes, de dos maneras diferentes; si los ocho días que pase con él en un tiempo han de impedirle lograr la felicidad interior en lo que queda del año, entonces, sí, entonces le juro que haré lo posible para que se olvide de mí. La segunda manera la adoptaré, si de dos cosas me dice usted una: o que su felicidad doméstica puede y debe satisfacerse con algunas horas de casta pasión y dulce poesía, o que la felicidad doméstica le es imposible, y que el casamiento o algún vínculo parecido sería la tumba de esta alma de artista: entonces hay que alejarlo a todo precio de ello y aun ayudarlo a vencer sus escrúpulos religiosos (39).*

El deber al que George Sand alude, es "su" deber: aproximarse y aprisionar a Chopin sin comprometer la seguridad de su actual amante; desaparece, momentáneamente, el amor al arte y se fortalece el amor inteligente. Amar a dos seres diferentes de dos maneras diferentes. (?) En una mujer con su experiencia, es natural. ¿Qué pensaría Grzymala? Situaciones como la presente han sido numerosas en diversas épocas del mundo, pero, planteadas por una mujer, en aquel tiempo, suena a los oídos como algo imposible, aunque de un cinismo sin par.

*Estrecharle Castamente a veces en mis brazos*, afirma, ¡Qué bello suena! Frase ensoñadora. ¿Es ella la suave y maleable arcilla? ¿Se prepara para amoldarse a los caprichos de Federico Chopin? La pasión de George Sand la lleva a extremos insospechados para lograr el cariño y aprisionar el espíritu del que ya llama su pequeño. Por ahora, está dispuesta a satisfacerle en cuanto le sea necesario, tanto física como espiritualmente; de ahí sus palabras: —*Debe satisfacerse con algunas horas de casta pasión y dulce poesía*—. Una mujer ardiente —es bueno recordar a Sandeau, de Musset o de Bourges—, y dominadora —vale mencionar a Didier, Pagello o Mallefille—, como George Sand, difícilmente habría sabido, no obstante su reconocida inteligencia, sobreponerse a aquellas horas de *casta pasión*, sin caer, irremediabilmente en la pasión sensual.

Quizá sea válido recordar el caso Liszt-d' Agoult. Cuando Marie se entregó a Franz, ésta no se detuvo a pensar en sus hijos, mucho menos en su ex-esposo. La condesa d'Agoult fue hechura de G. Sand. ¿Por qué el fracaso de esta unión? Porque ninguno de los dos olvidó el pasado; ella a sus hijos y Franz su filosofía católica y su bohemia de artista. Un día, instalado en la isla de Nonnenwert, Liszt buscó la solución frente a la inminente ruptura (40), pero pronto olvidó sus promesas; poco tiempo después, estaba en brazos de la actriz Carlota de Hagn.

Tanto la Sand como Liszt viven su mundo de libertad. El carácter de Liszt era, por cierto, varonil; no podemos negar el de la Sand pero la diferencia es que aun así ella fue mujer.

Ante la actual filosofía de George Sand, aunque Federico Chopin venciese sus *escrúpulos religiosos*, ¿dónde irían ambos a parar? ¿Podría subsistir la casta pasión pregonada? Grzymala debió entender el problema muy a la ligera; por eso no lo profundizó. Continúa G. Sand:

*Es por ese lado que —le diré dónde— me conducen mis conjeturas. Me dirá usted si me equivoco; creo a la persona (41ª) encantadora, digna de todo amor y de todo respeto, porque un ser como él no puede amar si no lo puro y lo bello. Me parece que usted teme para él el matrimonio, las ataduras de todos los días, la vida real, las preocupaciones, los quehaceres domésticos todo lo que, en una palabra, parece alejado de su naturaleza y contrario a las inspiraciones de su musa. Lo temería también por él, pero, en cuanto a eso, no puedo afirmar nada y pronunciarme en nada, ya que existen en él muchas facetas que me son completamente desconocidas. Sólo vi la fachada de su ser iluminada por el sol. Precisaré usted, pues, mis ideas sobre este punto. Es de suma importancia que conozca bien su posición para que pueda*

establecer la mía. De acuerdo con mi gusto, había arreglado nuestro poema en este sentido, que yo ignoraría todo, absolutamente todo, acerca de su vida positiva, y él de la mía, que seguiría todas sus ideas religiosas, mundanas, poéticas, artísticas sin que tuviese nunca que pedirle cuenta de ellas, recíprocamente, pero que por ambas partes, en cualquier lugar y en cualquier momento de nuestra vida en que llegáramos a reencontrarnos, nuestra alma alcanzaría su apogeo de felicidad y excelencia. Porque, no dudo de ello, uno se vuelve mejor cuando ama con amor sublime, y lejos de cometer un crimen, se acerca a Dios, fuente y centro de ese amor. Tal vez es eso, en última instancia, lo que debería usted tratar de hacerle comprender, amigo mío, sin contrariar sus ideas de deber, de devoción y sacrificio religioso, lo que tal vez daría alivio a su corazón. Lo que temería más en el mundo, lo que causaría más dolor, lo que hasta me decidiría a estar como muerta para él, sería convertirme en el espanto y el remordimiento de su alma; no, no podría (a menos que ella le sea funesta) combatir la imagen y el recuerdo de otra. Respeto demasiado la propiedad para eso, o más bien es la única propiedad que respeto. No quiero robarle nada a nadie, excepto los cautivos a los carceleros y las víctimas a los verdugos, y Polonia a Rusia, por consiguiente. Dígame usted si aquella cuya imagen persigue a nuestro niño es una Rusa; entonces pediría al cielo me prestara todas las seducciones de Armida para impedirle que se perdiera en ella, pero si es una Polaca, déjelo hacer lo que quiera. No existe nada como una patria y, cuando se tiene una, no hay que buscar otra. En este caso, seré para él como una Italia, a la que se visita, en la que se goza de los días de primavera, pero en la que uno no se queda, porque tiene más sol que camas y mesas ya que la comodidad de la vida está en otro lugar. ¡Pobre Italia! Todo el mundo sueña con ella, todos la desean o la lamentan; nadie puede quedarse a vivir allá, porque es desdichada y no podrá dar la felicidad que no posee. Existe una última suposición que es conveniente decirle. Podría ocurrir que no quisiera más a la amiga de infancia y que tuviese verdadera repugnancia por contraer cualquier vínculo, pero que el sentimiento del deber, el honor de una familia ¿qué sé yo?, le obligaran al riguroso sacrificio de sí mismo. En este caso, amigo mío, sea usted su ángel bueno; en cuanto a mí no puedo mezclarme en eso; pero usted debe hacerlo; sálvelo de los juicios demasiado severos de su conciencia, sálvelo de su propia virtud, impídale a todo precio inmolarsse, porque en esta suerte de cosas (si se trata de un matrimonio o de esas uniones que, sin tener la misma publicidad, encierran igual compromiso y duración), en esta suerte de cosas, decía yo, el sacrificio de aquél que entrega su porvenir no tiene relación con lo que recibió del pasado. El pasado es una cosa apreciable y limitada; el porvenir es el infinito porque es lo desconocido. El ser que, en cambio de una cierta suma conocida de abnegación exige el sacrificio de una vida futura, pide una cosa inicua, y si aquél a quien se le pide ve muy molesto para defender sus derechos en satisfacción a la generosidad y la equidad, es a la amistad a quien corresponde salvarle y ser el juez absoluto de sus derechos y de sus deberes. Sea firme sobre ese punto, y tenga la seguridad de que, aunque aborrezco los seductores, aunque tomo siempre el partido de las mujeres ultrajadas y engañadas, aunque me crean el abogado de mi sexo, y me precio de serlo, cuando fue menester rompí, sin embargo, más de un compromiso de ese género, amparándome en mi autoridad de hermana, de madre y de amiga. Siempre condené a la mujer que quería ser feliz al precio de la felicidad del hombre; siempre absolví al hombre cuando se le pedía más de lo que pueden conceder la libertad y dignidad humana. Un juramento de amor y fidelidad es un crimen o una cobardía, cuando la boca pronuncia lo que el corazón desaprueba, y se puede exigir todo de un hombre excepto la cobardía y el crimen. Descontado este caso, amigo mío, es decir, descontado el caso en que él quisiera realizar un sacrificio demasiado duro, creo que no hay que combatir sus ideas ni tampoco violentar sus instintos (41).

Pedir consejos e insistir a Grzymala que trate, valiéndose de la unión de pensamientos y vidas, de hacer comprender al amigo el mundo en el que debe y puede desenvolverse, aunque ello sólo represente la no obligatoriedad matrimonial, es una situación difícil de sobrellevar. George Sand urge al amigo que le dé respuestas. ¿Por qué estas conjeturas anticipadas basadas en la dualidad del amor? Amor físico. Amor espiritual que escudriña el alma. Extrañas reacciones la de esta mujer que, al estar limitada, ama sin límites. Singular filosofía de quien no se detiene para lograr el objetivo tan próximo y, sin embargo, tan lejano.

La posesión corporal pasa, tan pronto, de un primer a segundo plano: *un ser como él sólo puede amar lo puro y lo bello*, ¿cuál de estas cualidades le ofrece ella? Ninguna. Al re conocerlo, dirige la idea a otro punto: *el pasado es una cosa apreciable y limitada*; Grzymala conoce a George Sand, de ahí que la escritora se anticipe a la respuesta por la cual el amigo pudiese advertir el futuro. En la madurez de sus treinticuatro años, G. Sand no deja de prever el mañana: *el porvenir es el infinito porque es lo desconocido*; razón importante ante la que se inclina: *lo desconocido*. No es la primera vez que G. Sand se lanza al azar en el mundo de las aventuras.

Visto está que ni pureza ni belleza conseguirá con el matrimonio. Entonces, sólo le quedan dos caminos: el arte y el amor maternal, ¿serán estos el precio para lograr la felicidad? Pero ¿y la felicidad de Chopin? También es importante. Así, surge la libertad según la

comprende ella: *un juramento de amor y fidelidad es un crimen o una cobardía; ¿cómo exigirlo? ¿Lo cumpliría ella?* George Sand conoce la delicadeza de Chopin y sabe que la *fidelidad*, dependerá más de ella que de él. ¿Cómo, pues, violentar los instintos del amado? Sin embargo, la cuestión de mayor importancia está planteada: debe conseguir atraerlo.

El problema central de George Sand, aparte de saber con certeza que Chopin no ha olvidado definitivamente a Maria Wodzinska, es conocer en todas sus facetas al músico huidizo, cuyos pensamientos son imposibles de penetrar porque su rostro no denuncia reacción alguna. ¿Cómo es esa alma? Sus preguntas quedan sin respuesta; por eso, al no obtenerlas con la rapidez deseada, insiste por la realidad de este amor que bien pudiera existir de dos maneras diferentes; tales los pensamientos de la escritora cuyas palabras demuestran que apenas si conoce la figura externa del amado: Chopin como hombre y Chopin como músico; aún flota la incógnita: ¿quedará olvidado el pasado? Más para Federico que para George, el sacrificio está por realizarse:

Si su corazón puede, como el mío, contener dos amores diferentes, uno que sería por así decirlo el cuerpo de la vida, y el otro que sería el alma de ésta, sería mejor, puesto que nuestra situación estaría acorde con nuestros sentimientos y nuestros pensamientos. De igual modo que no se es sublime todos los días, no se es todos los días feliz. No nos veremos todos los días, no poseeremos todos los días el fuego sagrado, pero habrá hermosos días y santas llamas.

*Tal vez también sería menester decirle mi posición con respecto a M[allefille]. Es de temer que, al no conocerla, no se forje respecto a mí una suerte de deber que le moleste y llegue a combatir a la otra dolorosamente. Dejo que usted sea absolutamente el dueño y el árbitro de esta confidencia; usted lo hará si juzga el momento oportuno, lo retrasará, si cree que se agregaría a sufrimientos demasiados recientes. Quizá ya lo hizo usted. Todo lo que usted hizo o haga, lo apruebo y lo confirmo.*

*En cuanto a la pregunta de posesión, eso me parece un asunto secundario al que nos ocupa ahora. Sin embargo, es asunto importante en sí, es toda la vida de una mujer, es su secreto, el más caro; su teoría, la más estudiada; su encanto, el más misterioso. Yo, le diré sencillamente, a usted, mi hermano y amigo, este gran misterio sobre el cual todos los que pronuncian mi nombre no hacen sino extraños comentarios. Es que respecto a ello no tengo ni secreto ni teoría ni doctrinas ni opinión establecida ni juicio preconcebido ni pretensión de poder ni mojigatería de espiritualismo; en fin, nada arreglado de antemano ni ninguna costumbre tomada y, según creo, nada de falsos principios, sean licenciosos, sean de continencia. Me fié sobre todo de mis instintos, que fueron siempre nobles; a veces me equivoqué sobre las personas, pero nunca acerca de mí misma. Me puedo reprochar muchas tonterías, pero ningún servilismo ni maldad. Oigo decir muchas cosas sobre las cuestiones de moral humana, de pudor y de virtud social. Todo ello aún no es claro para mí. Por eso no llegué a conclusión alguna. No obstante, no soy indiferente sobre ese punto, le confieso que el deseo de concertar una teoría cualquiera con mis sentimientos ha sido la gran preocupación y el gran dolor de mi vida. Los sentimientos siempre fueron más fuertes que los razonamientos, y los límites que quise imponerme jamás me sirvieron de nada. Cambié veinte veces de idea. Creí, por encima de todo, en la felicidad. La prediqué, la practiqué, la exigí. No cumplieron con ella, y yo tampoco. Y, sin embargo, no experimenté remordimientos, porque sufrí en mis infidelidades una suerte de fatalidad, un instinto del ideal que me impulsaba a abandonar lo imperfecto por lo que me parecía acercarse más a lo perfecto. Conocí varias clases de amor. Amor de artista, amor de mujer, amor de hermana, amor de madre, amor de religiosa, amor de poeta, ¿qué sé yo? Hay algunos que nacieron y murieron en mí en el mismo día, sin haberse revelado al objeto que los inspiraba. Hubo amores que martirizaron mi vida y me impulsaron a la desesperación, casi a la locura. Otros me mantuvieron encerrada durante años en un espiritualismo excesivo. Todo ello fue perfectamente sincero. Mi ser entraba en esas distintas fases como el sol, decía Sainte-Beuve, en los signos del Zodíaco. A aquel que me hubiera seguido viendo sólo la superficie, le habría parecido loca o hipócrita; a aquel que me siguió, leyendo en el fondo de mí misma, le pareció lo que soy en efecto, entusiasta de lo bello, hambrienta de lo verdadero, muy sensible de corazón, muy débil de juicio, muchas veces absurda, siempre de buena fe, jamás mezquina ni vengativa, bastante colérica y, a Dios gracias, perfectamente olvidadiza de las cosas malas y la gente malvada.*

*He aquí mi vida, querido amigo, ya ve usted que no vale gran cosa. No hay nada en ella que admirar, mucho que lamentar, nada condenable por los buenos corazones. Esto segura de que los que me acusan de haber sido mala, mienten, y me sería muy fácil probarlo si quisiera tomarme el trabajo de recordar y contar mis acciones; pero eso molesta, y no tengo (42ª) ni memoria ni rencor (42).*

\*